



Al iniciarse los primeros sucesos de Argelia, Mitterrand dimitió del Gobierno, atraído por la otra figura que ya emergía, Mendès-France, renovador —no por mucho tiempo— del viejo partido radical.

teclimientos de mayo—, y esa derrota no pudo alcanzar a Mitterrand, que comenzó a interesarse por una nueva forma política: la alianza de los socialistas —el partido que preside sin haber sido nunca socialista, y estando siempre muy lejos del marxismo— con los comunistas para fines electorales. El mismo dice: «No había tenido la menor noción de lo que era el marxismo hasta después de los treinta años —es decir, cuando ya era ministro—, y nunca he creído en dogmas. Soy un liberal que cree en la libertad, y especialmente en lo que concierne a la libertad intelectual». Esta frase de Mitterrand es posterior a su alianza con los comunistas.

En el libro que acaba de publicar, «La rosa en el puño» (2), sale al paso de las acusaciones que le está haciendo la derecha, las acusaciones que apenas han variado en el último medio siglo: un nuevo Massaryk (la víctima del «golpe de Praga»), un nuevo Kerensky (el menchevique que tuvo que ceder el Gobierno de Rusia a Lenin). «Afirmar que la izquierda no cumplirá sus programas —escribe—, que ha evaluado mal su capacidad para gobernar a Francia, es algo normal en el terreno de la crítica. Pretender que la libertad perecerá bajo la presión de un poder político arbitrario y de una economía de Estado, nos sorprende, pero puede discutirse. Tomamos parte en un debate entre gentes honestas, y aceptamos que pueda ser cruel. Pero trazar y mutilar los textos y dejar creer que contienen un proyecto político y económico que no figura en él (programa común de Gobierno) ni explícita ni implícitamente, o reprocharle que ignore los problemas que son tratados en él muy ampliamente, forma parte de una actitud mental que no dudo en comparar con aquella que me asombraba y me horrorizaba en mi juventud, cuando triunfaba el fascismo. Apenas escribo esta palabra y querría ya borrarla. Después de todo, el fascismo no es la única variante del espíritu totali-

tarlo. Se han quemado hombres y libros antes de él, después de él. Y el tiempo de Hitler era también el de Stalin. No borro nada, sin embargo. Es preciso que los franceses sepan que nunca nada puede considerarse acabado, que la salud del cuerpo social está siempre expuesta a un golpe de fiebre. El fanatismo no tiene época, y siempre sigue el mismo itinerario a través de la Historia...».

He aquí cómo la campaña electoral francesa rueda totalmente en torno a las dos palabras que obsesionan a Europa desde hace medio siglo: fascismo y estalinismo. Cuando sus datos son otros...

La campaña, claro, tiene más vertientes. Una de ellas aparece ahora en la reunión, en París, de la Internacional Socialista (3); en la conferencia de prensa que Pompidou dio el martes, el Jefe del Estado francés la atacó como inoportuna, y atacó a los primeros ministros y ministros de otros países que acuden a ella, los cuales responden que han acudido siempre a las Internacionales Socialistas, y no ven ningún motivo para no acudir a ésta, y que de ninguna manera aceptan la acusación de «intrusión» en la política interior francesa» que ha hecho taxativamente Pompidou. ¿En qué medida influye en las elecciones esta reunión?: En la de que los franceses ven jefes de Gobiernos socialistas de países prósperos y tranquilos, incluso burgueses, incluso con capitalismo, y se desmiente así —o cree Pompidou que pueda pasar— la acusación de «Mitterrand, igual a caos»...

Es indudable que Mitterrand ha sabido jugar sabiamente esa carta. En un momento de auge del socialismo mundial —de un socialismo sin garas, claro, de un socialismo sin agresividad— quiere presentar en Francia en qué consiste ese socialismo.

Al que él no había pertenecido nunca hasta ahora, en que se convierte en su mejor plataforma electoral... ■ J. A.

(3) Acerca de la reunión del Congreso de la Internacional Socialista en París, véase TRIUNFO, núm. 536, págs. 6 y 7.

La Capilla siXtina

LA NOCHE MAS LARGA

He escuchado una vez más el disco de las canciones de Brecht cantadas por Massiel. Brecht me gusta y Massiel a veces, y en potencia, siempre. Es decir, soy de los que creen que Massiel ha perdido el tiempo con las rancheras y con esa canción "deista" tan extraña que a la chica le ha salido como un forúnculo confesional. La Massiel de las canciones de Brecht me gusta y me ha hecho recordar unas escenas de casi mi adolescencia, en casa de una amiga que se llamaba Juliana, rodeado de amigos que también tenían nombre y apellidos, y, además, uno de ellos, Gormosa, tenía un disco de canciones de Brecht cantadas por Lotte Lenya. El Brecht cantado por Lotte Lenya me parecía más agresivo, más achulado. Massiel ya le echa Lavapiés al asunto, pero es inevitable, Brecht en castellano, en España, suena a triste, una tristeza rebelde, pero triste al fin.

Las canciones de Brecht son monumentos verbales a la esperanza: "La noche más larga, eterna no es..." nos dice Brecht, nos lo decía ya en los años veinte, treinta. Por si acaso, Lotte Lenya no ha esperado el final de la noche histórica, y hace unos años la vimos todos haciendo de vieja arpa, agente secreto femenino enfrentado al occidentalismo James Bond. Recuerdo la cubierta del disco alemán con una Lotte Lenya rutilante, hermosa como sólo podía serlo una alemana de izquierdas en el período de entreguerras. Las chicas de izquierdas, en mejorando lo presente, eran muy guapas antes de la guerra.

Pues bien, Lotte Lenya estaba casada con Kurt Weill, el coautor con Hanns Eisler de la música aplicada a los difíciles textos de Bertoldo Brecht. Lotte Lenya pertenecía a aquel socialismo a medio camino entre el espartaquismo y el expresionismo, un socialismo en claroscuro, muy maltratado por la Historia, pero sobre todo maltratado en la viscera de la esperanza. No sé de qué viscera se trata, pero como imagen no está mal.

Bertoldo, el propio Bertoldo,

que era un hombre intestinalmente liberal, nos contaba, hacia el final de su vida, que se le había pinchado una rueda de su bicicleta, que no estaba contento de dónde venía, ni a dónde iba y que, sin embargo, aguardaba el cambio de la rueda con impaciencia. Brecht es un prodigioso caso de intelectual comprometido, pero vacunado con un jeringazo de distancia crítica. Se dio cuenta de que tal vez la noche más larga no sería eterna, pero si larga, larguísima. Y tuvo tiempo de pedir disculpas por no haber sido amable ni en sus escritos ni en sus actitudes históricas. "Quisimos ser amables, pero los tiempos no nos dejaron". Felizmente, Brecht, aún vivió tiempos en los que pudo pedir excusas por ser duro. Hay tiempos peores. Esos tiempos en los que no puedes ni ser duro ni pedir excusas por ser duro. ¿Tal vez vivamos en un espacio y un tiempo en el que sea necesario pedir excusas por ser amable? ¿El amable nace o se hace?

En cualquier caso, Bertoldo Brecht es un espíritu paralelo que se repite afortunadamente en todas las noches históricas. La conciencia crítica de la Historia. Una conciencia crítica que no se detiene ni siquiera ante la imagen propia que devuelven los espejos sinceros. Sería maravilloso que alguna vez, quizá al volver la esquina de este siglo, los niños de las escuelas sustituyeran las canciones dudosamente infantiles que hoy aprenden por las canciones de Brecht y aprendieran la tolerancia hacia lo humano y la intolerancia hacia lo antihumano que hay en la elemental filosofía brechtiana, y todo teñido por el talento lento y comprensivo de Bertoldo.

¿Qué querrán decir entonces, para ellos, estas canciones de Brecht? Hace cuarenta años eran un desafío. Hoy, en el contexto en que las canta Massiel, las oigo como oíría el "...pero se mueve", de Galileo Galilei. Ojala en el año 2000 estas canciones sean mera arqueología sentimental de noches que, ciertamente, no fueron eternas. ■

SIXTO CAMARA

(2) «La rose au poing», de François Mitterrand. Flammarion, París, 1973.